

## PROTESTA POPULAR EN EL MADRID MODERNO: LAS LÓGICAS DEL MOTÍN.

José Miguel López García\*

Universidad Autónoma de Madrid

Durante el Antiguo Régimen, los motines de subsistencia constituyeron una de las modalidades de acción colectiva más frecuentes e importantes de cuantas se desarrollaron en las urbes de Europa occidental<sup>1</sup>. En las capitales de las monarquías absolutistas la incidencia de estas protestas fue particularmente significativa, pues en ocasiones provocó la caída de primeros ministros o el cese de importantes autoridades municipales, anticipando de esta manera la relevancia que el pueblo llano podía tener en los procesos de cambio político<sup>2</sup>. Y Madrid no fue ajena a este tipo de convulsiones: entre el asentamiento de la Corte en 1561 y el 2 de mayo de 1808 se produjeron en ella más de 40 motines, entre las cuales destacaron las acaecidos en 1699 y 1766, que constituirán el objetivo del presente estudio<sup>3</sup>.

Lejos de responder a estallidos irracionales y episódicos, o de algaradas fomentadas por representantes de las clases privilegiadas, los motines de corte nos remiten a un conjunto de patrones y estrategias de movilización comunes. Durante las

---

\* Departamento Historia Moderna. Grupo Taller de Historia Social.

<sup>1</sup> El caso británico es, en este sentido, bien conocido. Los 175 motines censados por Rudé entre 1735 y 1800 en 1972 se han convertido en más de un millar a día de hoy. Así, Bohstedt ha señalado que sólo en el bienio de 1756-57 se produjeron 105 y que entre 1790 y 1810 dicha cifra se elevó a 617. Vid. G. Rudé, *Europa en el siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués*. Madrid: Alianza, 1978, p. 248; J. Bohstedt, *The Politics of Provisions. Food riots, Moral economy, and market transition in England, 1550-1850*. Farnham: Ashgate Publishing Limited, 2010, p. 17 y, del mismo autor, "Gender, household and community politics: women in English riots, 1790-1810". *Past and Present*, 120 (1988), pp. 88-122.

<sup>2</sup> P. Vilar, "El <motín de Esquilache> y las <crisis del antiguo régimen>". *Revista de Occidente*, 107 (1972), pp. 199-249 y R. Villari, "Revueltas y conciencia revolucionaria en el siglo XVII"; en *Rebeldes y reformadores del siglo XVI al XVIII*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1981, pp. 73-92.

<sup>3</sup> Una relación más pormenorizada de estos conflictos sociales que convulsionaron la capital hispánica, en J. Nieto Sánchez, "<El vulgo mal contentadizo>: Sobre la conflictividad social en el Madrid moderno"; en Grupo Taller de Historia Social, *Veinticinco años después. Avances en Historia Social y Económica de Madrid*. Madrid: Ediciones de la UAM, 2015, apéndice.

coyunturas económicas adversas, la emergencia de un agravio contra la comunidad podía convertirse en la chispa para desatar la rebelión. A la vez, ambos ejemplos permiten reconstruir la cultura política del pueblo llano, al tiempo que presentan una serie de características comunes, que irían desde la anatomía de la revuelta, sus protagonistas y objetivos más importantes, caso de la negociación colectiva del precio del pan, hasta el derrocamiento de quiénes fueron considerados en cada momento como los principales enemigos públicos.

### **Detonantes y estructura de las movilizaciones**

Las pautas que siguieron los tumultos contra Oropesa y Esquilache fueron similares a las observadas en otras protestas populares de idéntica naturaleza. A este respecto, como ya demostraron Rudé y Thompson, los motines de subsistencia constituyeron una forma compleja de acción colectiva directa, disciplinada y con unos objetivos muy precisos. En la mayoría de las ocasiones, la multitud partía de los mercados y otros espacios públicos emblemáticos, para obligar a las autoridades a que tasaran el pan y tomaran otras medidas conducentes al restablecimiento del *buen gobierno*<sup>4</sup>.

El motín contra Oropesa, también conocido como el *de los gatos*, vino precedido por las malas cosechas de 1697 y 1698, en cuyo decurso el precio del trigo se dobló en un momento en que los salarios reales se estaban deteriorando y la tasa de desempleo alcanzaba niveles insostenibles, que además se agravaron con la llegada al año siguiente de 20.000 campesinos empobrecidos huyendo del hambre, al tiempo que el pan escaseaba cada vez más debido a que las localidades que abastecían a la capital adeudaban el 90,67 por ciento de los cupos asignados por la Sala de Alcaldes en concepto de Pan de Registro. El tumulto estalló el 28 de abril de 1699 en la plaza Mayor, cuando el corregidor Francisco de Vargas respondió de malas maneras a las quejas que le planteó una mujer pobre por la mala calidad del pan y su precio excesivo: su insultante contestación –“haced castrar a vuestro marido, para que no os haga tantos hijos”- fue interpretada por la multitud como una ofensa contra la dignidad popular,

---

<sup>4</sup>G. Rudé, *La multitud, en la Historia*. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848. México: Siglo XXI, 1971, pp. 55-70; E.P. Thompson, “La economía <moral> de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”; en *Costumbres en Común*, Barcelona: Crítica, 1995, pp. 213-293, y J. Rule, *Clase obrera e industrialización*. Historia social de la Revolución industrial británica, 1750- 1850. Barcelona: Crítica, 1990, pp. 306-314.

recibiendo de inmediato la réplica varios asistentes, los cuales le demostraron que el pan además de caro y negro era duro, propiedad que pudo comprobar en su propia testa, cuando tuvo que emprender la huida bajo una lluvia de “piedras, berzas y panes”, hasta que finalmente logró refugiarse en una tienda de sedas de la Puerta de Guadalajara<sup>5</sup>.

Aunque más complejas, las causas del motín contra Esquilache, iniciado el 23 de marzo de 1766, también presentan llamativas similitudes. Desde su llegada a Madrid el superministro carolino decidió emprender un ambicioso plan para transformar la capital en una de las cortes más limpias y seguras de Occidente. Algunos de los decretos que lo escoltaron agravaron el malestar del pueblo llano, ya que si las mejoras realizadas en el alcantarillado y empedrado de las calles acabaron provocando el encarecimiento de los alquileres, la construcción del alumbrado nocturno para facilitar la lucha contra la delincuencia ocasionó la subida del aceite y el agotamiento de las velas de sebo, motivo por el cual muchos hogares humildes se quedaron a oscuras. A este endurecimiento de las condiciones de vida vino a sumarse el incremento de la presión fiscal, pues las intervenciones urbanísticas, la construcción de edificios monumentales y la financiación de diversas bodas y ceremonias reales condujeron al nacimiento de nuevas contribuciones, que indefectiblemente fueron pagadas por los pequeños consumidores y artesanos. Lo hasta aquí expuesto, con ser irritante, hubiera tenido un calado social menor si no se hubiese producido en medio de una de las peores crisis de subsistencia de la centuria. En suma, Esquilache cometió el error de promover una costosa política de modernización en un momento inoportuno, pues el aumento de los tributos que la misma ocasionó fue trasladado a unos sufridos contribuyentes sobre los cuales estaba planeando el fantasma del hambre. Es en este delicado contexto de crisis y crispación donde debemos situar la medida que acabó con la caída del favorito: en febrero decidió desempolvar un bando que proscribía en la capital el uso de las capas largas y los sombreros redondos, so pretexto de que tales prendas dificultaban la identificación de los sospechosos; este *traje español*, símbolo por antonomasia de la vestimenta de los trabajadores, debería ser sustituido por otro militar, compuesto por una levita y un tricornio. Estamos ante la gota de agua que colmó el vaso de la paciencia popular, a la

---

<sup>5</sup> J. M. López García, dir., *El impacto de la Corte en Castilla*. Madrid y su territorio en la época moderna. Madrid: EUROCIT/Siglo XXI, 1998, pp. 445, 458 y 477-478; J.A. Nieto Sánchez y J.A. González Pañero, “El conflicto social en el Madrid del siglo XVII”; en F.J. Guillamón y J.J. Ruiz (eds.), *Lo conflictivo y lo consensual en Castilla. Sociedad y poder político, 1521-1715*. Homenaje a Francisco Tomás y Valiente. Murcia: Universidad, 2001, pp. 377-400, pp. 383-389 y A. Castroviejo Salas, “Las revueltas populares en Madrid en la segunda mitad del siglo XVII”. *Revista Historia Autónoma*, 3 (2013), pp. 47-62, p. 57.

vez que desencadenó un movimiento más amplio de oposición antigubernamental, cuyos principales protagonistas aprovecharon las procesiones que desde los arrabales al centro de la ciudad se producían durante el Domingo de Ramos para iniciar la protesta<sup>6</sup>.

Una vez desencadenado el tumulto, los manifestantes se desplazaron a los centros neurálgicos del poder cortesano a fin de exponer ante los ministros del rey y el propio soberano sus principales reivindicaciones. En el caso del motín de 1699, sus protagonistas se dirigieron al Alcázar, mientras proferían el grito de *Viva el rey, abajo el mal gobierno*, con objeto de solicitar a Carlos II la rebaja del pan y la sustitución de Vargas por Francisco Ronquillo, un antiguo corregidor de gran popularidad. Pese a que no lograron ver al soberano, el conde de Benavente les instó a que acudieran a pedir justicia al presidente del Consejo de Castilla, el conde de Oropesa, quien tenía las competencias más importantes en el ámbito del abastecimiento frumentario: fijar la tasa de granos y supervisar el funcionamiento de la Sala de Alcaldes encargada del Pan de Registro. Desde ese momento, el motín *espontáneo* se ve escoltado por un *golpe de Estado*, toda vez que el partido aristocrático que defiende la candidatura borbónica al trono español aprovecha la ocasión para hacerse con el poder, defenestrando de paso a los líderes que habían apostado porque aquel recayera en miembros de las casas de Braganza y Austria. Poco tiempo después, los manifestantes se dividieron en dos grupos; uno permaneció en el Alcázar y el otro se dirigió a la plazuela de Santo Domingo, donde estaba situada la residencia del presidente del Consejo, quien huyó despavorido a la del Inquisidor General. Y pese a las prédicas de algunos clérigos, los amotinados no dudaron en insultar al valido, apedrear las ventanas del edificio e intentar prenderle fuego, lo que desencadenó la reacción violenta de la servidumbre condal que disparó matando varios insurgentes, si bien Ronquillo y la tropa lograron que cesaran en su empeño, no sin antes prometerles que el soberano atendería sus quejas. Finalmente, los madrileños consiguieron la destitución de Oropesa, el nombramiento de otro corregidor, la rebaja del precio del pan y la instauración de una nueva tasa de granos en sustitución de la vigente desde 1605, así como la promesa de que no se tomarían represalias. La “gente ordinaria” presencié asimismo cómo su moribundo rey pedía disculpas desde un balcón de Palacio por la pasividad que había demostrado ante sus penurias:” sí, os perdono; perdonadme también vosotros a mí porque no sabía de

---

<sup>6</sup> J. Soubeyroux, “Le <motín de Esquilache> et le peuple de Madrid”, *Caravelle*, 31 (1978), pp. 59-74 y J.M. López García, *El motín contra Esquilache. Crisis y protesta popular en el Madrid del siglo XVIII*. Madrid: Alianza, 2006, pp. 85-106.

vuestra necesidad”. Este postrer gesto no sólo reforzó ante los ojos del pueblo la carismática figura del monarca, sino que hizo que los rebeldes también se sintieran legitimados<sup>7</sup>.

Por su parte, la *escandalosa revolución* que acaeció en Madrid en marzo de 1766 constituyó en esencia una protesta protagonizada por el pueblo llano contra las duras condiciones de vida imperantes en la capital; por esta razón, sus protagonistas no sólo reivindicaron la rebaja de los precios de los mantenimientos esenciales, sino también la eliminación de los sujetos e instituciones que encarnaban la injusticia: el marqués de Esquilache, máximo responsable político y símbolo por antonomasia del *despotismo ministerial*; la Junta de Abastos, un *comité de lobos* encargado del abastecimiento centralizado de la corte, y las Guardias Valonas, principales exponentes de la brutalidad policial.

Tras apostar por la acción directa, los miembros de las cofradías, las corporaciones de oficios y las agrupaciones de majas decidieron valerse de las tradicionales movilizaciones religiosas del Domingo de Ramos para iniciar el motín. Desplazándose en *cuadrillas* desde los arrabales al centro, unas 20.000 personas realizaron hasta tres linchamientos simbólicos del “enemigo público”, apedreando los faroles que habían sido instalados por orden del marqués, bautizados popularmente con el nombre de *Esquilaches*, asediando la Casa de las Siete Chimeneas, su residencia familiar, y quemando finalmente el retrato del superministro en la plaza Mayor, cual si de un hereje o de un convicto de lesa majestad se tratase. Mientras los oficiales de la Sala y del Ayuntamiento mostraban su impotencia para restablecer el orden, el gentío inició el asalto a los cuarteles de Inválidos, de manera que esa misma noche el sistema que mantenía la seguridad pública en la corte saltó por los aires. Una vez maniatada la policía militar, sólo había un contingente capaz de interponerse entre la multitud y el monarca: sus cuerpos de elite. Sin embargo, como pudo constatarse a la mañana siguiente en las inmediaciones del Arco de Palacio, cuando cerca de 50.000 personas volvieron a manifestarse al grito de *¡muera Esquilache!*, el carácter patriótico que formalmente adquirió la acción colectiva hizo que los soldados de las denominadas Guardias Españolas desistieran a la hora de cargar contra un tumulto que además encabezaban mujeres y niños. Y en lo que respecta a los temibles valones, fueron

---

<sup>7</sup> J.M. López García, dir., *El impacto...*, p. 478; J.A. Nieto Sánchez y J.A. González Pañero, “El conflicto social...”, pp. 388-389; A. Castroviejo Salas, “Las revueltas populares...”, pp. 57-59 y J. Nieto Sánchez, “<El vulgo mal contentadizo.

atacados con tal resolución y rabia que –tras sufrir algunas bajas- debieron batirse en retirada. Así las cosas, la precipitada decisión del soberano de enviar a un grupo de aristócratas a la plaza Mayor para que en su nombre concediera a los alborotadores cuantas peticiones económicas hiciesen, lejos de apaciguar los ánimos, los caldeó todavía más, pues los madrileños interpretaron tal gesto como una nueva ofensa a su dignidad: ellos no eran viles traidores, sino leales súbditos que pretendían negociar con Carlos III una salida política al conflicto, que pasaba ineluctablemente por la destitución y el destierro de Esquilache, el fin de la Junta de Abastos y la retirada de los valones, a todo cual debería unirse el nombramiento de un ministro español, la minoración de los precios del pan, el tocino, el aceite y el jabón, así como la derogación del decreto que prohibía el uso de la capa larga y el sombrero redondo.

La tarde del Lunes Santo el triunfo popular fue completo: miles de personas tuvieron ocasión de asistir a la capitulación pública de un aterrorizado monarca, quien desde uno de los balcones del Palacio Real les concedió cuanto pedían y la amnistía general de todos los excesos cometidos en el decurso de la rebelión, a la cual este solemne acto dotó de una mayor legitimidad. Pero la huida relámpago que protagonizó Carlos III esa misma noche volvió a encrespar los ánimos, motivo por el cual el motín se radicalizó todavía más el día 25, cuando un improvisado ejército popular se adueñó de la capital, tomando medidas que mostraban su forma de entender el *buen gobierno*: se repartieron raciones de pan entre los necesitados, se permitió que las mercancías entrasen libres de impuestos a fin de facilitar su venta a un precio justo, cada cual consumió en las tabernas lo que necesitaba, las presas internadas en la cárcel Galera fueron liberadas para constituir un disciplinado batallón cívico y el gobernador del Consejo de Castilla hizo cuanto el pueblo le pedía para tratar de solucionar la crisis. Fue necesaria una nueva confirmación pública de las concesiones hechas a la multitud para que la paz volviera a reinar en la Villa y Corte.

El Miércoles Santo, el ejército plebeyo se desmovilizó con idéntica rapidez a la que se había organizado. Tras esta marcha atrás también se escondía el temor de muchos amotinados: durante aquellos inolvidables días habían visto cómo algunos convecinos desafiaban a la justicia real, requisaban comidas y bebidas, liberaban a las reclusas, asaltaban cuarteles y palacios o mataban a efectivos de la soldadesca, mientras que otros habían cuestionado la suprema autoridad de la Monarquía absoluta. Un pavor aún mayor sintieron los privilegiados. La multitud no sólo había derrotado a las fuerzas del orden, compeliendo al rey a capitular públicamente y legitimar una rebelión

inadmisible, sino que, al mismo tiempo, durante esos *días del Juicio Final* grandes y prelados habían sido humillados por doquier, obligándoseles a bajar de sus coches, vestir el traje español, entregar dinero a la *chusma* o gritar con ella muera el favorito<sup>8</sup>.

### **La cultura política de los amotinados**

A finales del Antiguo Régimen, la gente común de aún consideraba que el valor de ciertos bienes esenciales, como el pan, no sólo debía de establecerse en función de criterios económicos, sino también, y sobre todo, a partir de una serie de una consideraciones éticas y sociales de vital importancia para asegurar la supervivencia de los más necesitados, de ahí que según este modelo de *economía moral* en el caso de los productos de primera necesidad los gobernantes estuviesen obligados a estipular un *precio justo*, tan bajo como fuera posible<sup>9</sup>.

En sintonía con estas ideas, los asalariados madrileños consideraban que el derecho a la subsistencia era inalienable. Lo deseable era que cada uno ganase su sustento honradamente, pero si éste no podía obtenerse por medios lícitos, los humildes tenían derecho a hurtar lo que necesitaran, sin que tal acto se considerase delictivo. Estas ideas –de profundas raíces cristianas– relativas a la completa igualdad que existía dentro del género humano a la hora de acceder a los mantenimientos esenciales, tenían su correlato en el ámbito gubernamental, pues de acuerdo con la *economía moral* y la cultura política de las clases subalternas, las autoridades tenían la obligación de velar por los más débiles, asegurando a través de medidas de carácter intervencionista el correcto aprovisionamiento del mercado, con objeto de que aquéllos pudieran adquirir el pan y otros alimentos básicos a precios asequibles<sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> J. M. López García, *El motín contra Esquilache...*, pp. 95-130 y 156-159.

<sup>9</sup> M. Grice-Hutchinson, “El pensamiento económico popular en la Castilla del siglo XIII”; en *Ensayos sobre el pensamiento económico en España*. Madrid: Alianza, 1995, pp. 209-225 y, de la misma autora, *El pensamiento económico en España (1177-1740)*. Crítica: Barcelona, 1982, pp. 107-141. Los aspectos de la cultura plebeya relacionados con el mercado y el consumo de productos esenciales en E.P. Thompson, “La economía <moral>...”, pp. 217-254; M.L. Root, “Politiques frumentaries et violence collective en Europe au XVIII<sup>e</sup> siècle”. *Annales ESC*, 45/1 (1990), pp. 167-189, p. 167, y L.A. Tilly, “Derecho a los alimentos, hambre y conflicto”; en R.I. Rotberg y T.K. Rabb (comps.), *El hambre en la Historia*. El impacto de los cambios en la producción de alimentos y los modelos de consumo sobre la sociedad. Madrid: Siglo XXI, 1990, pp. 147-166.

<sup>10</sup> Este ideario igualitario también se reflejaba en el contenido de ciertos romances de ciegos que encandilaban a los madrileños de a pie. Así, por ejemplo, en *La Isla de Jauja* todo era placer y trabajar estaba prohibido; al que lo hacía se le azotaba y desterraba: así las cosas, no es extraño que sus dichosos

Así pues, nuestros protagonistas defendían un modelo de ordenamiento económico marcadamente paternalista, basado en una selección de aquellos elementos de la propaganda real que consideraban más positivos para sus intereses, como ocurría en el caso de la obligación, tantas veces recalcada, que tenían los ministros regios de garantizar la venta del pan a un precio justo o dispensar la adecuada protección a los pobres. Pero cuando esta visión idealizada se colocaba ante el espejo de la realidad o se contrastaba con la experiencia cotidiana, de inmediato surgían las divergencias y las contradicciones: el empleo escaseaba, su poder adquisitivo menguaba y el precio del pan no paraba de subir. En tales circunstancias, cuando las autoridades –caso del motín de 1699- dejaban de cumplir con su obligación de velar por los más débiles, tal pasividad era interpretada por la multitud como un agravio que debería ser objeto de un *justo castigo*<sup>11</sup>.

En 1766 se produjo una situación similar: el favorito de Carlos III había decidido emprender una serie de reformas en el ámbito de la policía urbana que iban a agravar todavía más su situación de hambre y penuria y amenazaban con privar a los asalariados de unas costosas capas que habían pagado con el sudor de muchos días de trabajo; este hecho, unido a la escandalosa afrenta que supuso la implantación de un atuendo procedente del extranjero, acabaron convirtiendo la defensa del *traje español* en otro de los símbolos por antonomasia de la *identidad nacional* del pueblo llano<sup>12</sup>. Al cometer todas estas injusticias, Esquilache había rebasado los límites de lo que un político podía hacer, motivo por el cual perdió ante la opinión pública la legitimidad necesaria para seguir gobernando. De ahí a que la multitud emprendiera una acción colectiva para destituirle sólo había un paso<sup>13</sup>.

---

habitantes vivieran 600 años y sólo muriesen de risa. J. Soubeyroux, “Pauperismo y relaciones sociales en el Madrid del siglo XVIII (1)”. *Estudios de Historia Social*, 20-21 (1980), pp. 7-227, p. 131.

<sup>11</sup> El concepto ha sido formulado por W. Beik en *Urban protest in Seventeenth-Century France: the Culture of Retribution*. Cambridge: Cambridge U. P., 1997. Su operatividad para explicar otras acciones colectivas posteriores en la capital, en Á. París Martín, “Política popular en Madrid en la crisis del Antiguo Régimen (1780-1834)”, en R. Franch, F. Andrés y R. Benítez (eds.), *Cambios y resistencias en la Edad Moderna. Un análisis comparativo entre el centro y la periferia mediterránea de la Monarquía Hispánica*. Madrid: Sílex, 2014, pp. 119-129.

<sup>12</sup> A. Gelz, “Les lumières du scandale: le motín de Esquilache (1766), conflict culturel et expérience d’altérité au XVIIIe. siècle espagnol”; en D.A. Bell, L. Pimenova y S. Pujol (eds.), *La Recherche Dix-huitièmiste. Raison universelle et culture nationale au siècle des Lumières*. París: Honoré Champion, 1999, pp. 149-178.

<sup>13</sup> B. Moore, Jr., *Injustice: the social bases of obedience and revolt*. Nueva Cork: M.E. Sharpe, 1978, pp. 18 y 506; E. P. Thompson, “La economía moral revisada”; en *Costumbres en común*, pp. 294-394, p. 306 y L.A. Tilly, “El motín de subsistencias como forma de conflicto político en Francia”. *Revista de Occidente*, 122 (1973), pp. 208-248, y J. Macías Delgado, “Ideario político-económico del motín contra



En suma, al pueblo no le hacía falta ningún instigador de las elites para interpretar correctamente la realidad; para tal fin le bastaban la memoria colectiva y – sobre todo- su experiencia cotidiana. Y de ambas extraía una clara conclusión: sus miembros tenían el deber de rebelarse contra el *despotismo ministerial*, sin que este acto supusiera pecado ni delito alguno. A la vez, desde un punto de vista político, su acción sólo podría ser calificada de patriótica: no en vano, con ella unos súbditos fieles liberarían a la nación de un nefasto gobernante. Obviamente, ciertos panfletos y libelos habían servido de acicate para la rebelión, mas tampoco podemos olvidar que muchas veces los autores de estas críticas satíricas también pertenecían a una esfera social inferior. Pero incluso si dichos sujetos y ciertos eclesiásticos no hubieran desplegado su labor propagandística el motín se hubiera producido igualmente, pues como sabían muchos representantes de las clases privilegiadas, “*la plebe no suele acudir a la consulta y dirección de los teólogos, le basta su sentido y el de las gentes próximas a ella para distinguir el bien del mal*”<sup>14</sup>.

### **Los conquistadores de la Ínsula Barataria**

En una relación anónima del motín contra Esquilache, su autor utilizó esta bella metáfora para describir a sus protagonistas. Con ella, no sólo enfatizó el triunfo político de aquellos dignos descendientes de Sancho Panza, sino que también hizo un juego de palabras relacionado con el abaratamiento de los productos de primera necesidad que las autoridades acababan de decretar. ¿Quiénes eran estos héroes populares? Las descripciones del *motín de los gatos* nos hablan de una multitud integrada por mujeres, como la que increpó al corregidor en la plaza Mayor el 28 de abril, jóvenes de ambos sexos y miembros del artesanado más humilde, caso de albañiles, sastres y, sobre todo,

---

Esquilache según la Causa del Motín de Madrid”, *Revista de Estudios Políticos*, 71 (1991), pp. 235-258, pp. 252-253.

<sup>14</sup> El papel de la experiencia directa, la participación en los conflictos sociales y la memoria colectiva en la conformación de la ideología de los asalariados urbanos en E.P. Thompson, “La sociedad inglesa en el siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?”; en *Tradicción, revuelta y consciencia de clase*. Estudios sobre la crisis en la sociedad preindustrial. Barcelona: Crítica, 1979, pp. 13-61 y G. Rudé, *Revuelta popular y consciencia de clase*. Barcelona: Crítica, 1981, pp. 31-48. Los orígenes plebeyos de numerosos autores de panfletos antigubernamentales en T. Egido (ed.), *Sátiras políticas de la España moderna*. Madrid: Alianza, 1973, p. 43. La aguda observación del nuncio Pallavicini en J. Andrés-Gallego, *El motín de Esquilache, América y Europa*. Madrid: Fundación Mapfre/CSIC, 2003, p. 488.

zapateros, pues varias de las víctimas pertenecían a ese aguerrido gremio del que –se rumoreó- iba a sublevarse la noche en que estalló la protesta.

Poseemos más información acerca de los protagonistas del motín de 1766. En la relación que el marqués de Grimaldi remitió a las embajadas en el extranjero, este destacó que la multitud estuvo encabezada por mujeres y muchachos. En lo que respecta a las primeras, varias figuran entre las heridas durante los dos primeros días. Aunque tan sólo representan el 8,3 por ciento del total, su peso está a todas luces infravalorado en la muestra analizada, toda vez que constituyeron uno de los elementos más activos del movimiento popular. No se trata, como pensaron nuestros ilustrados, de ninguna anomalía. Ante todo, como consecuencia de su condición de trabajadora y ama de casa, la mujer humilde estaba especialmente capacitada para valorar la trascendencia que en el ámbito de la economía doméstica tenían las subidas de los precios. Esta cualidad se ponía a prueba a diario en el mercado, donde acudía para hacer la compra, no resultando infrecuente que muchas faenasen asimismo en alguno de los pequeños puestos que en la práctica conformaban dicho espacio social. Allí, como señalara Thompson, los trabajadores precapitalistas notaban en toda su intensidad los efectos de la explotación, sobre todo durante aquellas fases en las cuales su poder adquisitivo tendía a decrecer con fuerza<sup>15</sup>.

Existen asimismo tres elementos adicionales que permiten esclarecer esta presencia femenina. Por un lado, si las mujeres se encuentran en primera fila, esto no sólo se debe a que representan el rostro de la dignidad popular, que –no lo olvidemos- ha sido mancillada por el *mal gobierno*, sino también a que en una sociedad paternalista existían menos posibilidades de que las autoridades o la misma soldadesca ejercieran una brutal represión contra las representantes de un sexo tenido por débil. De otro, tampoco podemos pasar por alto que muchos de los actos que se realizaban en estos motines servían para escenificar un mundo al revés, de tal manera que aquellos representantes del poder que en su decurso recibían afrentas de las féminas padecían doblemente un escarnio carnavalesco. Finalmente, al participar de una forma tan activa, las madrileñas -lo mismo que las neerlandesas que en los 80 intervinieron en la *Revolución*

---

<sup>15</sup> E.P. Thompson, “La economía < moral>...”, pp. 290-291 y “La economía moral revisada”, pp. 355-364.; A. Farge, “La amotinada”; en G. Duby y M. Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres*. Tomo 3, Madrid: Taurus, 1993, pp. 525-544. En último extremo, la presencia femenina servía para sancionar la desobediencia política de la multitud, vid. N.Z. Davis, “Un mundo al revés: las mujeres en el poder”; en J.S. Amelang y M. Nash (eds.), *Historia y Género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1990, pp. 59-92.

*Patriótica*- también manifestaron su deseo de disfrutar de unos derechos políticos que la sociedad estamental les negaba. En la capital española, además, las más genuinas exponentes del vecindario de los arrabales, las famosas *majas*, poseían agrupaciones informales, cuya presencia se hacía notar especialmente en las fiestas, cuando desfilaban como una corporación más, aunque la suya careciese de reconocimiento institucional<sup>16</sup>. Así las cosas, las agrupaciones femeninas aprovecharon la ocasión para participar desde sus mismos inicios en el tumulto, unas pregonando eslóganes y recaudando fondos, otras combatiendo valerosamente en primera línea, caso de las *amazonas arrabaleras* que perdieron la vida luchando con los guardias reales.

En lo que respecta a las jóvenes, sabemos que –por ejemplo- el día 24 un muchacho estuvo más de una hora junto al cementerio de la parroquia de Santa Cruz “*pidiendo limosna para comprar leña para quemar a Esquilache*”. Su presencia tampoco es casual, toda vez que la experiencia cotidiana de la pobreza y la explotación laboral llevó a cientos de muchachos a participar en otras rebeliones, en las cuales también fueron aprendiendo el papel protagonista que en el ámbito de la protesta social deberían seguir desempeñando de adultos<sup>17</sup>.

Por otra parte, la lista de los heridos que ingresaron en los hospitales en el decurso de los dos primeros días, revela que el tumulto estuvo protagonizado por artesanos y trabajadores adultos. De hecho, el 91,6 por ciento estaba constituido por varones solteros, con domicilio fijo y una media de edad 28,7 años. La mayoría se ganaba la vida trabajando a cambio de un jornal: cerca del 40 por ciento eran criados, 1 de cada 4 se dedicaba a la producción manufacturera, desempeñando los oficios más comunes, caso de los sastres, zapateros o albañiles, el 15,5 por ciento pertenecía a los diversos ramos de la alimentación y la hostelería, y un porcentaje similar correspondía a soldados. En suma, lejos de ser un movimiento de nobles, jesuitas y vagabundos, el motín de Madrid estuvo protagonizado por sujetos que constituían un excelente corte

---

<sup>16</sup> E.P. Thompson, “La economía <moral>”, pp. 265-270; “La economía...”, pp. 365-379 y A. Farge, “La amotinada”, p. 531. El caso de las madrileñas en M.J. del Río Barredo, “Entre la fiesta y el motín: las majas madrileñas del siglo XVIII”; en P. Pérez y E. Postigo (eds.), *Autoras y protagonistas*. I encuentro entre el Instituto Universitario de Estudios de la Mujer y la New York University. Madrid: Ministerio de Trabajo/UAM, 2000, pp. 235-247. Su imagen en los textos dedicados al evento, en L. Rolón Collazo, *Historias que cuentan*. El motín contra Esquilache en Madrid y las mujeres dieciochescas según voces del XVIII, XIX y XX. Madrid: Aconcagua Publishing, 2009.

<sup>17</sup> De hecho, sabemos que otro chico de 15 años, llamado Narciso Riesgo, tuvo un papel activo en la revuelta de 1802 en la plaza del Rastro. Apud J. Agua de la Roza, “Infancia y pobreza en el Madrid del Setecientos”, en J. Hernando, J. M. López García y J. A. Nieto (eds.), *La Historia como arma de reflexión*. Estudios en homenaje al profesor Santos Madrazo. Madrid: UAM, 2012, pp. 21-35, p. 35.

transversal de su población trabajadora, algo que –por lo demás- concuerda con la extracción social de quiénes protagonizaron las principales revueltas urbanas acaecidas en la Europa del siglo XVIII<sup>18</sup>.

El estudio de los líderes de la protesta vuelve a refrendar el papel estelar que desempeñó el pueblo llano. Las relaciones nos hablan de varios protagonistas como Manuel de Isla, Antonio Medina, apodado *El Guitarrero*, Filipón *El Aceitunero* o un anónimo barbero de Lavapiés, “vizcaíno de mala cabeza”, que provocó a los soldados en la plaza de Antón Martín luciendo el traje español. Entre ellos sobresalen tres que se entrevistaron personalmente con el soberano. Así, un calesero al que apodaban *el Malagueño* y posteriormente su colega Diego Avendaño tuvieron ocasión de tratar con Carlos III, el primero usando expresiones claras y desvergonzadas en la Plaza de Armas del Palacio Real, y el segundo cuando le entregó en Aranjuez una carta redactada por los amotinados. Ambos se dedicaban al transporte de viajeros y –debido a su oficio- no sólo se desplazaban con frecuencia, sino que también estaban acostumbrados a recabar mucha información y trasladarla eficazmente, dado que de manera voluntaria o por encargo llevaban recados, noticias verbales y misivas de unos puntos a otros de la geografía peninsular. Así las cosas, los conductores de carruajes constituían excelentes candidatos para actuar como intermediarios entre los rebeldes y las autoridades, de ahí que en otros tumultos acaecidos en las ciudades europeas durante esta misma centuria también los encontremos entre sus cabecillas más señeros<sup>19</sup>.

Mas estos individuos no sólo se limitaban a transmitir fielmente las peticiones de los manifestantes, sino que algunos poseían además cierta capacidad de maniobra para poder negociar, de tal manera que –al menos provisionalmente- se erigían en el rostro visible de la multitud. El caso que a este respecto merece la pena resaltar es el de aquel artesano que se entrevistó con Carlos III dentro del Palacio Real, encabezando el grupo que acompañaba al padre Cuenca, quien portaba un documento con las peticiones populares. Aunque las fuentes vuelven a omitir su nombre, en todas se habla de un viejo maestro zapatero que llevaba puesto el atuendo de su oficio: nos encontramos ante una persona dotada por su edad de gran experiencia, probablemente alfabetizada y acostumbrada a tratar con el público, cualidades todas ellas de suma importancia para

---

<sup>18</sup> J. M. López García, *El motín...*, pp. 144- 155.

<sup>19</sup> Las principales características y contactos de los sujetos que se dedicaban al transporte de pasajeros en el Madrid dieciochesco, en S. Madrazo, *La edad de oro de las diligencias*. Madrid y el tráfico de viajeros en España antes del ferrocarril. Madrid: Nerea, 1991, pp. 95-116. El papel del cochero Thomas Chaplin en las revueltas londinenses de Gordon, en G. Rudé, *La multitud*, p. 65.

representar a la gente de a pie. Su presencia al frente de la delegación popular tampoco es casual, pues los oficios dedicados a la elaboración y reparación del calzado constituían uno de los sectores de la producción manufacturera más importantes de la ciudad; además, los zapateros madrileños –lo mismo que muchos de sus colegas europeos- tenían una merecida fama de hombres independientes, críticos y rebeldes, como lo demuestra el hecho de que fueran los primeros en celebrar San Lunes o el que el 75 por ciento de los remendones censados en 1757 ya no estuviese sujeto a la disciplina gremial. Todas estas virtudes, así como su afición a la lectura, tenían su origen en una peculiar cultura del trabajo que acabó colocándoles a la vanguardia de los movimientos de protesta social en su doble calidad de partícipes y organizadores<sup>20</sup>.

En suma, lejos de constituir una protesta de vagabundos, hampones y gentes de mal vivir -tal y como en su día sostuvieron nuestros ilustrados- el motín contra Esquilache estuvo protagonizado por sujetos que constituían un excelente corte transversal de la población trabajadora afincada en Madrid. Al igual que sucedió en otras muchas ciudades de Europa occidental durante el último tercio del siglo XVIII, los amotinados en la capital del reino de España eran hombres y mujeres con domicilios estables, la mayoría de los cuales se ganaba honradamente la vida trabajando en alguno de los sectores ocupacionales que ofrecían más empleo dentro de la cerca: el servicio doméstico, la variopinta producción manufacturera, los diferentes ramos de la industria alimentaria, la construcción, la hostelería y el ejército<sup>21</sup>.

### **Las consecuencias de la acción popular**

A tenor de los resultados obtenidos por la multitud, los motines de 1699 y 1766 pueden ser calificados de exitosos. En ambos casos, la aceptación de las principales peticiones de los amotinados por parte de Carlos II y Carlos III, así como el perdón

---

<sup>20</sup> E.J. Hobsbawm y J.W. Scott, “Zapateros políticos”; en E.J. Hobsbawm, *El mundo del trabajo*. Estudios históricos sobre la formación de la clase obrera. Barcelona: Crítica, 1987, pp. 144-184, y J.A. Nieto Sánchez y V. López Barahona, “<Zapatero a tus zapatos>: el radicalismo de los zapateros madrileños en la Edad Moderna”; en S. Castillo y R. Fernández (coords.), *Campesinos, artesanos, trabajadores*. Lleida: Editorial Milenio, 2001, pp. 343-355.

<sup>21</sup> En lo tocante a la adscripción social de los insurrectos madrileños, la concordancia con respecto a quienes participaron en los motines ingleses, franceses y peninsulares entre 1766 y 1780 es absoluta, como puede comprobarse en E.P. Thompson, “La economía <moral>”, pp. 268-270; G. Rudé, *La multitud*, p. 66; J.M. Palop Ramos, *Hambre y lucha antifeudal*. Las crisis de subsistencias en Valencia (Siglo XVIII). Madrid: Siglo XXI, 1977, pp. 167-169, y F. Baras Escolá, *¿Quiénes se amotinaron en Zaragoza en 1766?* Zaragoza: Institución “Frenando el Católico”, 1998, pp. 69-107 y cuadro 11.

general de todos los participantes vienen a corroborar nuestra afirmación, al tiempo que legitimaron las acciones colectivas realizadas al grito de ¡*Viva el rey, muera el mal gobierno*<sup>22</sup>! No obstante, como también apuntó Pierre Vilar, estos triunfos así como su sanción regia acabaron –paradójicamente– reforzando una visión idealizada de una monarquía paternalista, impidiendo con ello una salida revolucionaria como la que ocurriría en Francia a partir de 1789.

A la vez, estas acciones multitudinarias fueron instrumentalizadas por partidos aristocráticos para afianzar su poder en la Corte: a este respecto, el que defendía la candidatura borbónica al trono español a finales del siglo XVII aprovechó el tumulto para hacer caer a los que apoyaban las pretensiones de las casas de Braganza y Austria. Y en 1766, los *ensenadistas* trataron de sacar partido de la destitución de Esquilache, aunque quienes finalmente lo lograron fueron los miembros del denominado *partido español o aragonés*, por la procedencia de sus líderes, encabezados por el conde de Aranda, que llenaron el vacío dejado por don Leopoldo Di Gregorio y liquidaron a sus adversarios y principales aliados, los jesuitas, imputándoles la autoría de la protesta.

Finalmente, ambos motines, y especialmente el que terminó derrocando al favorito siciliano, fueron de vital importancia para explicar la militarización del orden público que vivió la corte a finales del Antiguo Régimen, pues con objeto de impedir que el centro neurálgico de la monarquía volviera a sufrir conmociones semejantes, primero Felipe V y posteriormente su hijo Carlos III procedieron a erigir en la ciudad y su entorno numerosas construcciones para albergar al ejército, de suerte que al despuntar el siglo XIX, Madrid –con un soldado por cada 17 habitantes– acabó convirtiéndose en el acuartelamiento más grande del Imperio español, al tiempo que sus autoridades habían declarado la guerra a quienes carecían de techo, trabajo o daban públicas muestras de rebeldía<sup>23</sup>.

---

<sup>22</sup> Este eslogan, calificado como *monarquismo ingenuo* por un estudioso del discurso de las clases subalternas, también pretendía confundir a las fuerzas encargadas de la represión, al confirmar públicamente la fidelidad de unos súbditos agraviados por los ministros regios, como puede comprobarse en J.C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*. Tafalla, Txalaparta, 2003, pp. 145-159.

<sup>23</sup> La militarización del orden público y la represión de los vagabundos, en J. M. López García, *El motín...*, pp. 195-222; a la vez, el uso del ejército para luchar contra la delincuencia rural, en S. Madrazo y M. Martín Polo, “Bandolerismo castellano – bandolerismo valenciano. Divergencias y analogías”, en R. Franch, F. Andrés y R. Benítez (eds.), *Cambios y resistencias...*, pp. 203-212.